

MARTIN
AMIS

AGUA
PESADA



Las historias de *Agua pesada* son mundos en miniatura que contienen, en dosis altamente concentradas, la acidez, el cinismo y el profundo cuestionamiento de las bases de nuestra sociedad que caracterizan las grandes novelas de Martin Amis. Así, en uno de los cuentos, la sociedad es mayoritariamente gay, y los heterosexuales son una minoría perseguida; en otro, un sarcástico robot marciano nos trae extrañas noticias sobre la vida en el sistema solar; y en el relato «*Agua pesada*», Amis retrata sin piedad el malestar y la fatiga de la cultura de la clase trabajadora.

En carrera

Alistair terminó de escribir el guión que había titulado *Ofensiva desde Quasar 13*, lo presentó a *LM Little Magazine*, y esperó. Durante el año anterior le habían rechazado más de una docena de guiones en *Little Magazine*.

Pero la última entrega de cinco cuentos le había llegado de vuelta con algo más que la circular de siempre. Venía con una nota manuscrita del editor de los guiones, Hugh Sixsmith, que decía:

Hay dos o tres que me sorprendieron, y uno que me tentó seriamente:

Arranque libre, porque está casi totalmente logrado. Si-ga enviándome material.

Hugh Sixsmith también era guionista y bastante conocido, aunque no necesariamente prestigioso. Su nota era realmente alentadora. Alistair se sintió fuerte.

Preparó audazmente *Ofensiva desde Quasar 13* para presentarlo. Pulsó con firmeza el *mouse* para justificar los márgenes del texto. No envió el sobre al Editor de Guiones. No. Lo dirigió al señor Hugh Sixsmith. Y esta vez no incluyó su *curriculum vitae*, que ahora contemplaba con cierta incomodidad. El CV mostraba, en un *staccato* implacable, los guiones que había publicado en forma de folleto hecho en computadora y en pequeñas revistas cómicamente desconocidas; hablaba hasta de los que había publicado en revistas universitarias. La parte más desdichada venía al

final, donde decía Derechos Ofrecidos: Primera Serie Británica, solamente.

Dedicó largo tiempo a la nota preliminar para Sixsmith... casi tanto como le había dedicado a la introducción de Ofensiva desde Quasar 13. La nota se iba reduciendo a medida que la corregía. Por fin quedó satisfecho. Ya amanecía cuando tomó el sobre y pasó la lengua por el borde engomado.

Ese viernes, en camino al trabajo, y sintiéndose de pronto muy alicaído, Alistair dejó el sobre en la estafeta de correo de Calchalk Street y Euston Road.

Deliberadamente, muy deliberadamente, no había incluido respuesta paga en un sobre con su dirección. La carta que acompañaba al paquete sólo decía:

«¿Sirve? Si no... A. C.»

Por supuesto que «A. C.» quería decir «al canasto», un receptáculo que un aprendiz de guionista imaginaba gigantesco. Con una mano en la frente Alistair se abrió paso para salir de la estafeta. Pasó junto a las tarjetas de Feliz Cumpleaños, las filas de jubilados nerviosos, los sobres, los ovillos de hilo.

Luke terminó el nuevo poema, titulado simplemente «Soneto», fotocopió la hoja impresa y se la mandó por fax a su agente. Una hora y media después volvió del gimnasio de la planta baja y se preparó su jugo de frutas especial mientras el contestador le indicaba, entre otras cosas, llamar a Mike. A la vez que buscaba otra naranja Luke apretó la tecla de Talent International en la memoria del teléfono.

—Ah, Luke —dijo Mike—. La cosa funciona. Ya tuvimos respuesta. —¿Cómo puede ser? Si allá son las cuatro de la mañana.

—No, son las ocho de la noche. Está en Australia. Trabajando en un poema con Peter Barry.

Luke no quería ni oír hablar de Peter Barry. Se inclinó y se quitó la campera sin mangas. Las paredes y las ventanas se mantenían a respetuosa distancia, la cocina estaba baña-

da de resplandor del sol y luz del río. Luke bebió un sorbo de jugo; estaba tan ácido que sólo hizo una mueca y una señal de asentimiento sin emitir sonido.

—¿Qué le pareció? —articuló después.

—¿A Joe?

Mandó un mensaje: «Dile a Luke que estoy fascinado con su nuevo poema. Te aseguro que "Soneto" va a ser un éxito».

Luke conservó la calma. No era viejo, pero hacía mucho que escribía poesía. Se volvió a mirar a Suki, que había salido de compras y en ese momento entraba en el departamento con cierta dificultad. Traía una carga muy pesada.

—Todavía no han hablado de números. Ni siquiera de una cifra aproximada —dijo Luke.

—En ese terreno nos entendemos. Joe conoce el tema de los impuestos —dijo Mike.

—Bien —dijo Luke. Suki se acercaba a él y se le caían cosas que había comprado: cajas, estuches, brillantes envoltorios de plástico.

—Te harán ir por lo menos dos veces —continuó Mike—. La primera para discutir... Les cuesta darse cuenta de que no vives allá.

Luke veía que Suki había gastado mucho más de lo que se proponía. Lo supo porque el suspiro que dejó escapar mientras le acariciaba los omóplatos con la lengua era como decir «¡Paciencia!».

—Vamos, Mike —respondió—, saben que odio toda esa basura de Los Angeles.

Ese lunes, en camino al trabajo, Alistair estaba desplomado en el asiento del ómnibus, agotado por la ambición y el abandono. Una de sus fantasías era poderosa: al entrar en su oficina el teléfono estaría sonando desesperadamente:

Hugh Sixsmith, desde Little Magazine, le comunicaba con voz grave, pero tensa, que su guión aparecería en el siguiente número de la revista. (A decir verdad, había tenido

la misma fantasía el viernes anterior, cuando Ofensiva desde Quasar 13 todavía rodaba de aquí para allá en el piso de la estafeta de correos.) Su novia, Hazel, había viajado desde Leeds para pasar el fin de semana con él. Alistair y ella eran tan flacos que podían dormir cómodamente en la cama de una plaza de él. El sábado por la noche asistieron a una lectura de guión en una librería de Camden High Street. Alistair quería impresionar a Hazel con sus amistades del medio (y se las arregló para intercambiar miradas cómplices con algunas figuras más o menos conocidas: colegas guionistas, gente que buscaba ubicarse, gente que estaba al tanto de todo). Pero de todas maneras Hazel ya parecía bastante impresionada por él, hiciera lo que hiciese. A la mañana siguiente, todavía en la cama mientras ella cumplía con su turno de preparar el té, Alistair meditaba sobre ese asunto de la impresión que causaba el otro. Siete años atrás Hazel lo había impresionado poderosamente en la cama: no se enfriaba cuando él empezaba a calentarse. El teléfono de la oficina sonó muchas veces esa mañana, pero ninguno de los que llamaron tenía nada que decir sobre Ofensiva desde Quasar 13. Alistair vendió un espacio de publicidad para una publicación agrícola; los que llamaban querían hablar de mezclas de creosota y reciclado de residuos.

Durante cuatro meses no tuvo ninguna noticia. Normalmente esto hubiera sido una buena señal. Significaba, o podía significar, que estaban estudiando el guión con mucho detalle. Era mejor que ver reaparecer el guión devuelto por el correo. También era posible que Hugh Sixsmith hubiera seguido el consejo de Alistair de tirarlo al canasto de los papeles si no le interesaba, y esto podía haber sucedido cuatro meses atrás. Releyendo la copia en carbónico del guión, ahora algo borrosa, Alistair se lamentaba por su deliberada indiferencia. No debía haber dicho «Si no sirve, A. C.», sino, en todo caso, «R. P.» (respuesta paga). Todas las mañanas bajaba corriendo los tres pisos hasta la planta baja

para recoger y mirar la correspondencia. Y más o menos cada cuatro viernes rompía el sobre que traía la *Little Magazine* para ver si Sixsmith no había incluido el guión sin decirle nada. Como sorpresa.

«Estimado señor Sixsmith», pensaba Alistair mientras iba en tren a Leeds,

estoy considerando publicar el guión que le envié en otra parte. Espero que...

Pensé que era justo... Alistair echó la cabeza hacia atrás y miró el vidrio manchado de la ventanilla. «En Mudlard Books. Parece que en Ostler Press también están interesados. Esto implica un poco de trabajo que, por más tedioso que sea... Para que quede constancia... Esto facilitaría mucho... Claro que si usted...»

Luke estaba sentado en un sillón para dos personas en el Club World de Heathrow, bebiendo Evian frente a un fax para uso de los pasajeros, ordenando los papeles introductorios del poema con Mike.

En el Club World todos parecían cómodos y agradecidos de estar allí menos Luke, que tenía cara de desagrado. Volaría en primera clase a Los Angeles, donde lo esperaría un chofer uniformado que iba a llevarlo en una *limousine* o un auto hasta el Pinnacle Trumont en Avenue of the Stars. No era nada extraordinario viajar en primera. En el mundo de la poesía nadie pensaba «qué bueno que viajo en primera». Eso no se discutía, era parte del reglamento.

Viajar en primera era un negocio como todo lo demás.

Luke estaba tenso, muy exigido. Cifraba muchas cosas en «Soneto». Si «Soneto» no tenía éxito, ya no podría seguir en el departamento ni con su novia.

Lo de Suki lo superaría pronto. Pero no el hecho de no poder mantenerla ni pagar ese alquiler. En realidad el arreglo por «Soneto» no era para tanto. Luke estaba furioso con Mike excepto el agregado de una cláusula sobre posibles comercializaciones de la obra, por ejemplo juguetes o

remeras, y una cierta reducción de impuestos que logró. Y Joe...

Llama Joe:

—Realmente creemos que «Soneto» va a anclar, Luke. Jeff piensa lo mismo. Acaba de entrar. ¡Jeff! Estoy hablando con Luke. ¿Quieres decirle algo? ¡Luke!, Luke, ahí viene Jeff. Quiere decirte algo sobre «Soneto». —¿Luke? —dice Jeff —. Soy Jeff. ¿Luke? Es usted un escritor muy talentoso. Es fantástico trabajar en «Soneto» con usted. Le doy con Joe.

—Era Jeff —dice Joe—. Está enloquecido con «Soneto». —¿Y de qué tenemos que hablar? —pregunta Luke—. A grandes rasgos. —¿Con respecto a «Soneto»? Bien, el único problema con «Soneto», Luke, por lo que yo veo, en todo caso, y estoy seguro de que en esto Jeff coincide conmigo, ¿verdad, Jeff?, y también Jim, justamente... es la forma.

Luke se quedó mudo unos instantes. Después dijo: — ¿Te refieres a la forma en que está escrito «Soneto»?

—Eso es, Luke, la forma de soneto.

Luke esperó hasta el último llamado, y finalmente lo llevaron, con mucha cortesía que no devolvió, a la puerta delantera del avión.

«Estimado señor Sixsmith», escribió Alistair,

«El otro día estaba revisando mis archivos, y recordé vagamente que le había enviado un trabajito titulado Ofensiva desde Quasar 13... hará cosa de siete meses o un poco más. ¿Debo entender que no le interesa? Podría mandarle otro... o dos que he terminado últimamente. Espero que se encuentre bien. Muchas gracias por el estímulo que me brindó en el pasado. «No hace falta que diga cuánto admiro su obra. Tan austera, tan profunda. ¿Cuándo saldrá su próximo "pequeño volumen"?»

Despachó esta carta con tristeza un húmedo domingo en Leeds. Esperaba que el sello del correo diera cuenta de su actividad y su garra.

En realidad se sentía mucho más firme ahora. Había pasado por un período de cinco semanas en que, percibía, estuvo clínicamente loco. Esa carta a Sixsmith era una entre varias docenas que había escrito. También había tomado la costumbre de merodear alrededor de las oficinas de Holborn en *Little Magazine*: se quedaba horas sentado en los bares y sandwicherías de la acera de enfrente, con la vaga intención de saltar y cortar el paso a Sixsmith si lo veía alguna vez, cosa que nunca sucedió. Comenzó a preguntarse si Sixsmith existiría realmente. ¿No sería un actor, un fantasma, una curiosa ficción?

Alistair llamó a números telefónicos de LM tomados de guías telefónicas especiales. Respondieron diversas personas, pero nadie sabía dónde estaba ninguna de las personas por las que les preguntaban y sólo alguna vez conectaron a Alistair con un ataque de tos que parecía permanente en el otro extremo de la línea. Entonces colgaba. No podía dormir, o creía que no podía dormir, Hazel le decía que se pasaba la noche gimiendo y rechinando los dientes.

Alistair esperó casi dos meses. Después mandó tres nuevos guiones. Uno era sobre un hombre que abandona su temprana jubilación cuando su mujer muere a manos de un asesino en serie. Otro sobre la infiltración de las tres Gorgonas de una agencia de seguridad en la Nueva York de hoy. El tercero era un musical *heavy metal* en la Isla de Skye. Envío un sobre con respuesta paga del tamaño de una mochila pequeña.

Ese invierno fue inusitadamente templado.

—¿Desea algo de beber antes de la comida? ¿Un cappuccino? ¿Agua mineral? ¿Una copa de Sauvignon blanco?

—Un *espresso* descafeinado doble —dijo Luke—. Gracias.

—A usted.

—Bueno, bueno... —dijo Luke después que todos pidieron lo que querían—, ya no me dicen simplemente «de nada» sino que me agradecen ellos a mí.

Los demás sonrieron pacientemente. Estos comentarios tenían que ver con una cuestión de jerarquías: Luke, a pesar de su aspecto y su acento, era inglés.

Estaban sentados en la terraza de Bubo's: Joe, Jeff, Jim.

—¿Cómo anduvo la «Égloga junto a un portón de rejas»?

—¿Aquí, en el país? —Miró a Jim, a Jeff—. Más o menos... ¿mil quinientos?

—¿Y en todo el mundo? —preguntó Luke.

—No fue a todo el mundo.

—¿Y «Cuervo negro en la lluvia»?

Joe hizo un gesto negativo.

—Ni siquiera vendió lo mismo que «Ovejas en la niebla».

—No hacen más que nuevas versiones de cosas antiguas —dijo Jim—. Bodrios de época.

—¿Y «La encina en el pantano»?

—¿La encina? Alrededor de dos mil quinientos.

—Me dicen que anda bien «El viejo Jardín Botánico» —dijo Luke con acritud.

Hablaron de otros fuegos artificiales, demorando todo lo posible llegar al tema de «El que desdeña la pasada noche» de TCT, que no había costado prácticamente nada hacer y ya había vendido ciento veinte millones en las tres primeras semanas.

—¿Qué pasó? Dios mío, ¿qué presupuesto para publicidad tenían?

—¿Para «El que desdeña»? Nada. Doscientos, trescientos.

Todos menearon la cabeza. Jim se puso filosófico.

—Es lo que pasa con la poesía —dijo.

—¿No están haciendo ningún otro soneto, no? —preguntó Luke.

—Binary está en posproducción con un soneto. «Compuuesto en el Castillo de...» Otro bodrio de época.

Llegaron las sopas y las ensaladas. Luke pensó que a esa altura probablemente ya era un error seguir insistiendo con los sonetos. Después de un rato dijo: —¿Cómo anduvo «Para Sophonisba Anguisciola»?

—¿«Para Sophonisba Anguisciola»? No me hables de «Para Sophonisba Anguisciola».

A altas horas de la noche Alistair estaba en su habitación trabajando en un guión sobre un hombre negro de alto cociente intelectual, que vive en la calle y que se transforma en traficante de drogas de sexo femenino, bajo el bisturí de un médico de Indonesia que es a la vez un terrorista y un brujo. De pronto arrancó el papel de la máquina con un gruñido, puso una hoja limpia y escribió:

Estimado señor Sixsmith:

Ya hace bastante más de un año que le envié Ofensiva desde Quasar 13.

Pero a usted no le alcanzó con este abandono: tampoco respondió a otros tres textos que le envié en los últimos cinco meses. Me hubiera parecido decente que me contestara enseguida, ya que usted es un colega guionista, aunque a mí nunca me interesó mucho su obra, que encuentro demasiado florida y superficial (leí la nota de Matthew Sura el mes pasado y creo que lo captó a la perfección). Por favor devuélvame los guiones más recientes:

El destructor, Medusa invade Manhattan y Francotirador. Ya mismo.

Firmó y selló. Salió, recorrió a grandes pasos la distancia con el correo y despachó la carta. Volvió y, con gesto altivo, se quitó la ropa empapada de sudor. La cama de una plaza le parecía enorme, como una cama con dosel diseñada para orgías. Se acurrucó y durmió mejor que cualquier noche anterior de ese año.

De manera que a la mañana siguiente bajó las escaleras con actitud desafiante y echó un vistazo al correo esparcido en el estante mientras caminaba hacia la puerta. Reconoció

el sobre como un amante a su amada. Se inclinó mucho para abrirlo.

Por favor disculpe esta respuesta con tanto retraso. Sepa usted disculparme. Paso de inmediato a un juicio sobre su obra. No quiero aburrirlo con todos mis problemas personales y profesionales. ¿Aburrirme?, pensó Alistair, llevándose una mano al corazón.

Creo que puedo afirmar que sus guiones son especialmente promisorios.

No, en realidad la promesa ya se ha cumplido. Tienen sentimiento y brillo.

Por ahora me contentaré con aceptar Ofensiva desde Quasar 13 (déjeme pensar un poco más en Francotirador). Tengo un par de pequeñas enmiendas que sugerirle. ¿Por qué no me llama para arreglar un encuentro?

Gracias por sus generosos comentarios sobre mi propia obra. Cada vez estoy más convencido de que este tipo de intercambio, este candor, esta reciprocidad, es lo que me mantiene en movimiento. Sus palabras sirvieron para ayudarme a conservar mis defensas después del maligno y cobarde ataque de Matthew Sura del que todavía no me he repuesto. Un cordial saludo.

—Iría bien como lírico —dijo Jim.

—¿Por qué no como balada? —propuso Jeff.

A Jack lo convencían de cualquier cosa.

—Las baladas son bárbaras —opinó.

Al segundo día Luke creyó estar ganando la batalla del soneto. La clave estaba en la actitud taciturna de Joe: tranquila pero nada lenta.

—Admitamos que los sonetos son básicamente hieráticos. Pertenecen a una época. Responden a una conciencia rígida. Hoy hablamos más bien de una conciencia que busca la forma.

—Es más —prosiguió Jack—, la lírica siempre ha sido la vía natural para la libre expresión de los sentimientos.

—Sí —dijo Jeff—. Con el soneto uno se queda pegado al esquema tesisantítesis-síntesis.

—Pero ¿qué estamos haciendo aquí? —dijo Joan—. ¿Reflejando el mundo o iluminándolo?

Le tocaba hablar a Joe:

—Por favor, ¿nos estamos olvidando de que «La encina» era un soneto, antes de las reescrituras? ¿Estábamos borrachos cuando dijimos, el verano pasado, que nos íbamos a lanzar al soneto?

Hay que aclarar que la respuesta de Joe a esta última pregunta fue «sí»; pero Luke echó una mirada cautelosa a su alrededor. La comida china que habían hecho pedir a la secretaria estaba en la mesita baja; tenía el aspecto de los experimentos de un niño con pintura y plastilina. Eran las cuatro y Luke quería terminar pronto. Para ir a nadar y a tomar sol. Para estar convenientemente flaco y bronceado en su cita con la joven actriz Henna Mickiewicz. Fingió un bostezo.

—Luke está demorado —dijo—. Mañana hablaremos un poco más, pero por mi parte vuelvo a elegir el soneto.

—Perdón —dijo Alistair—, soy yo otra vez. Perdón.

—Ah, sí... —respondió una voz de mujer—, hace un minuto estaba aquí... ¡Ah, sí, sí!, ahí está. Un segundo.

Alistair apartó el teléfono de la oreja y lo miró. Se puso a escuchar otra vez. El teléfono parecía haber entrado en un paroxismo de ruidos y chillidos como la radio de un taxista. Luego se le pasó el ataque, o hubo una pausa, y una voz dijo con tono contenido pero orgulloso:

—Soy Hugh Sixsmith.

A Alistair le llevó un poco de tiempo explicar quién era él. Sixsmith parecía un poco sorprendido pero sobre todo intrigado al oír a Alistair.

Arreglaron una cita con bastante facilidad (después del trabajo, el lunes siguiente), antes de que Alistair lograra decir:

—Otra cosa, señor Sixsmith. Me da un poco de vergüenza, pero anoche me alteré un poco por no tener respuesta suya durante tanto tiempo y le mandé una carta completamente loca que... —Hizo una pausa—. Bien, usted ya sabe cómo son estas cosas. Uno pone todo en estos guiones, y pasa el tiempo y...

—Querido muchacho, no diga ni una palabra más. Borraré esa carta de mi memoria. La arrojaré al canasto. Después de leer un par de renglones apartaré la mirada —dijo Sixsmith, y se puso a toser otra vez.

Hazel no fue a Londres ese fin de semana. Ni Alistair fue a Leeds. Pasó el tiempo pensando en ese lugar en Earls Court Square donde los guionistas leían fragmentos de sus guiones y bebían un vino español picante, bajo la mirada de las muchachas desgreñadas, con gruesos abrigos y sin maquillaje que parpadeaban constantemente, o nunca.

Luke dejó su Chevrolet Celebrity en el quinto piso del estacionamiento del estudio y bajó en el ascensor con dos ejecutivos menores que hablaban de los últimos récords batidos por «He aquí al que desdeña la pasada noche». Se puso los anteojos oscuros al cruzar el otro estacionamiento, el de los ejecutivos de primera. Cada sitio tenía el nombre del ocupante. Joe se sintió aliviado al ver allí el nombre de Joe, oscurecido en parte por su Range Rover. Por supuesto que los poetas rara vez tenían un auto tan pretencioso. Y a veces ningún auto. Se alegró de que Henna Mickiewicz no pareciera darse cuenta.

La oficina de Joe: Jim, Jack, Joan, pero no estaba Jeff. Había dos tipos nuevos. Se los presentaron a Luke. Ron dijo hablar en nombre de Don cuando se declaró gran admirador del material. Inclinado sobre la cafetera junto con Joe, Luke preguntó por Jeff, y Joe dijo:

—Jeff no está en el poema.

Luke se limitó a asentir con un gesto.

Se acomodaron en los sillones bajos.

Luke dijo: —¿Cómo anda «De un galés a los turistas»?

—Bien, pero no brillante —respondió Don.

Ron dijo:

—No va a andar como «El hueco en el cerco de ligustro».

—¿Cómo anduvo «El hueco»?

Y hablaron de cómo había andado «El hueco».

Finalmente Joe dijo:

—Bien. Lo hacemos soneto. Ahora bien. Don tiene un problema con la primera estrofa del octeto, Ron tiene un problema con la segunda estrofa, Jack y Jim tienen un problema con la primera estrofa del sexteto, y creo que todos tenemos problema con el dístico final.

Alistair se presentó en las oficinas de LM con una puntualidad de reloj.

Hacía horas que estaba por esa zona, y se había gastado como quince libras en tes y cafés. No era posible quedarse mucho tiempo en ninguno de los bares donde se demoraba (y donde además sospechaba que lo reconocerían por haberlo visto en anteriores esperas antes de entrar en LM, cosa que no lo favorecía) sosteniendo con ambas manos la taza espumosa, y mirando entrar la luz por las ventanas de las oficinas.

Cuando el Big Ben dio las dos, subió las escaleras. Inspiró tan profundamente que casi se cayó de espaldas, y luego llamó a la puerta. Un ordenanza entrado en años lo condujo por un corredor angosto con muchas pilas de papeles viejos por donde se movían, con dificultad, siete personas.

Primero Alistair los tomó por otros tantos guionistas y se colocó detrás de la puerta, al final de la cola. Pero no parecían guionistas. Nadie habló mucho durante las cuatro horas que siguieron, y las identidades de los que esperaban humildemente a Sixsmith sólo se revelaron en forma parcial y fragmentaria. Su abogado y el psiquiatra de su segunda esposa se retiraron después de no más de una hora y media. Otros, como el hombre de Impositivas y el agente de